

tura deben aprovecharse todos estos materiales. Com-
prendidos todos los elementos que entran en su forma-
cion, nada mas fácil despues que hacer su aplicacion
oportuna, dando los primeros pasos en el arte de la
oratoria.

Dios.
Batax.
Fonelon.
Aristo.
Carnot.
Mazara.



lucos y terribles. En el primer caso, es la onda que
lagres sobre la arena; en el segundo, la ola espumante
que rompe furiosa contra la roca. En aquel, es el
plando cénico que forma en las raras del bosque; un so-
nido parecido al suspiro de la felicidad; en este, es el
huracán que troncha los robles, y hace estremecer al
mundo. Hablamos pues de la imaginacion en todas
sus gradaciones.

LECCION V.

Puede decirse pintar un objeto ó una idea sencillas
y entonces el lenguaje debe tener mucha sencillez y na-
turalidad. Hero para verla el estrecho del Helles-
que atravésaba á nado, para verla el estrecho del Helles-
ponto; y el poeta, al pintar la distancion de la joven
enamorada, cuyo corazón late entre el temor y la es-
peranza, la hace decir:

De la imaginacion y del sublime.

Y absorto en el mi pensamiento loco.
A veces con el pincel del entendimiento loco.
Este forma, combina y produce las ideas; aquella les presta
su seductor colorido.

Imágen quiere decir retrato ó pintura; la imaginacion,
pues, consiste en retratar ó pintar los objetos, por me-
dio del lenguaje, del modo que mas interesen y agraden
á los que nos escuchan. Un discurso sin imágenes, po-
drá tal vez convencer; pero no llegará nunca á deleitar-
nos, y menos á conmovernos.

La imaginacion no es el exclusivo tipo del sublime.
Verdad es que en él se ostenta en todo su poder y va-
lentía, y como haciendo la prueba de sus fuerzas; pero
recorre tambien todas las gradaciones de la naturaleza
y de la expresion, desde el objeto y lenguaje mas senci-
llo, al mas elevado.

A las veces se contrae á objetos agradables; otras á

fuertes y terribles. En el primer caso, es la onda que juguetea sobre la arena; en el segundo, la ola espumante que rompe furiosa contra la roca. En aquel, es el blando céfiro que forma en las ramas del bosque, un sonido parecido al suspiro de la felicidad; en éste, es el huracán que troncha los robles, y hace estremecer al mundo. Hablemos, pues, de la imaginacion en todas sus gradaciones.

Puede quererse pintar un objeto ó una idea sencillos, y entonces el lenguaje debe tener mucha sencillez y naturalidad. Hero esperaba todas las noches á Leandro, que atravesaba á nado, para verla, el estrecho del Helesponto; y el poeta, al pintar la distraccion de la jóven enamorada, cuyo corazon latia entre el temor y la esperanza, la hace decir:

“Y absorto en tí mi pensamiento loco,

A veces con el huso el suelo toco.”

¿Puede darse una expresion mas sencilla, y al mismo tiempo mas bella? Para conocer toda su propiedad, es menester haber pasado muchas horas en las veladas de una aldea; cuando la familia reunida en silencio al rededor del hogar, ve deslizarse un tiempo que parece volar, por su lentitud, con alas de plomo; cuando el pensamiento vaga incierto por el campo de melancólicos recuerdos; cuando resuena con triste tañido la campana de la iglesia vecina, que llama á la oracion y á la quietud; cuando el tronco que arde á nuestra vista, cubierto de una capa blanquecina y agrietada, parecida á la capa de dolor que envuelve la vida del hombre, arroja alguna chispa, semejante á los destellos de esperanza que parten de un corazon mustio y lacerado. ¡Dichoso quien en tales horas tenga alguna idea fija y agradable, que le

ayude á sobrellevar la pesada carga del tiempo! Hero la tenia, olvidaba su ocupacion entregada á sus pensamientos; y el poeta ha sabido describir en un solo rasgo la profunda distraccion de un alma que solo vive en sus memorias.

Puede, otras veces, quererse pintar un sitio ó una idea agradable, y entonces la imaginacion debe inspirar un lenguaje propio, dulce y sonoro á la vez. He aquí unos versos de Garcilaso, en su égloga primera, que pueden servir de modelo:

“El, con canto acordado

Al rumor que sonaba

Del agua que pasaba,

Se quejaba tan dulce y blandamente,

Como si no estuviera de allí ausente

La que de su dolor culpa tenia:

Y así como presente,

Razonando con ella le decia.”

Otras veces queremos añadir un colorido de descripcion, y entonces debe el lenguaje corresponder al objeto que se describe. He aquí una bella descripcion de un sitio ameno, que leemos en la oda 23 de Anacreon:

“A la sombra, Batylo

Reclínate; ¡cuán grata

Y cuán bella es la sombra

De la fresca enramada!

Las blandas hojas mueve

Del céfiro agitada

Con un suave estruendo

Que dulcemente encanta,

Y cerca se desliza

Una dulce fontana.
¿De tan feliz manida
Quién viéndola se pasa?"

(Traducción de D. José Antonio Conde.)

Del mismo género son estos otros versos de Garcilaso, en el lugar antes citado:

"Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que os estais mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Yedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno.
Yo me ví tan ageno
Del grave mal que siento,
Qué de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba
Donde con dulce sueño reposaba;
Y con el pensamiento discurría
Por donde no encontraba
Sino memorias llenas de alegría."

Otras veces se quiere dar á la descripción un aire marcado y suave de naturalidad, y de este género son los siguientes versos de D. Estévan Manuel de Villegas:

"Yo ví sobre un tomillo
Quejarse á un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,

Para que el cielo santo
Lleve su triste llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía.
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Esforzado volvía.
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama
Parece que decía:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;
Y que le respondía
El rústico no quiero."

De la misma entonación son, aunque más vivos y sobre diferente objeto, los siguientes versos de Gaspar Gil Polo:

"Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo,
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas,
Junto al agua se ponía
Y las ondas aguardaba,
Y al verlas llegar huía.
Pero á veces no podía,
Y el blanco pié se mojaba.

En otras ocasiones se quiere dar al lenguaje cierto to-

no de gravedad, y de este género es el discurso que Alonso de Ercilla pone en la Araucana, en boca de Colocolo:

“Caciques, del estado defensores:
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida.
Porque segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida:
Mas el amor que siempre os he mostrado,
A bien aconsejaros me ha incitado.”

Otras veces se quiere dar al lenguaje elevacion, presentando por él un pensamiento atrevido y profundo. Tal se ve en Chateaubriand, cuando nos dice:

“En cualquier acontecimiento y á todas las horas del día, meditaba yo sobre aquellos monumentos. Al mismo sol que habia visto abrir los fundamentos de aquellas ciudades, le veia yo muchas veces ponerse magestuosamente sobre sus ruinas. Otras veces, elevándose la luna en medio de un cielo sereno, entre dos urnas cinerarias, me manifestaba los pálidos sepulcros; y á los rayos de ese astro que alimenta las ilusiones, me pareció ver tal vez al genio de la memoria, sentado á mi lado con ademan pensativo.”

Mas esta elevacion y esta fuerza corresponden ya al sublime, de que nos vamos á ocupar muy detenidamente, porque es el que mas hace brillar al orador. Los demas oradores que sobresalgan en otros géneros de elocuencia, podrán ser el emblema de los dioses que dirigen y dominan al mundo; pero el orador que descuella en el sublime, será el emblema del mismo Júpiter, que manda á los otros dioses, que impele las tempestades, y que lanza el rayo con su brazo omnipotente.

Puede hallarse el sublime en el objeto, en la idea y en la manera de expresarla. En cuanto á los objetos, en cada circunstancia, en cada hora y á cada paso, varia el aspecto de la naturaleza, y con él varian tambien las impresiones y sentimientos que despierta en nosotros. La mañana es, por lo comun, alegre y placentera; la tarde melancólica y contemplativa. Agradable es el arroyuelo que se desliza puro y bullicioso sobre un lecho de guija, y corre besando las adelfas que bordan sus márgenes; imponente y aterrador es el torrente, que arrastra entre sus espumosas aguas al pino derrumbado de la colina. Nos deleita la vista del valle vestido con todas sus galas, cuando le contemplamos desde una pequeña altura; nos asusta, sin embargo, la profundidad escarpada del precipicio en que se pierden nuestros ecos, como la sonda en el Océano. Los primeros objetos convidan al placer; los últimos nos aterran, porque nos representan un poder, cuya idea concebimos de una manera siniestra y medrosa. He aquí la fuente principal del sublime. Entonces, á la grandeza del objeto, responde la grandeza del pensamiento; y como todo lo que es grande es elevado, el alma se eleva al contemplarlo, la imaginacion es herida con una impulsión estraña, y la lengua traduce la agitacion del espíritu con imágenes osadas y gigantescas.

La vista, pues, de lo extraordinario, la idea del poder empeñado en protegernos ó en abatirnos, es lo que forma el sublime en los objetos. Nuestra alma recibe esa vibracion imponente, y forma una idea elevada y magnífica. Nuestra lengua se vale de una frase enérgica y concisa, rápida como la exhalacion; y he aquí todo el secreto del sublime en el objeto, en la imagen y en la palabra. Dijo Dios, segun el Génesis: “Hágase la luz.”

y la luz fué hecha. Aria ofrece á Peto el puñal, despues de haberse herido, y le dice: "Peto, esto no hace daño alguno." Preguntan á Medea: "¿Qué te queda contra tantos enemigos?" Y ella responde: "Yo misma." César dice al marinero que temia lanzarse con él al mar embravecido: "¿Qué temes? Llevas á César." Manifiestan á Horacio cuando marchaba al combate, que tal vez habria que llorarle, y él responde: "¿Pues qué! ¿me llorareis muriendo por mi patria?" Dan al padre de los Horacios la nueva de que dos de sus tres hijos habian muerto, y que el tercero habia huido; se indigna el anciano por aquella fuga, y le preguntan: "¿Qué queriais que hiciera? *Que muriese,*" responde con voz terrible. Llora una madre la muerte de su hijo único; un sacerdote, para consolarla, le recuerda el ejemplo y la resignacion de Abraham, dispuesto á sacrificar á su hijo al mandato de Dios, y ella le responde: "¿Oh padre! Dios no hubiera exigido jamas ese sacrificio de una madre." Todos estos son rasgos sublimes, porque tienen á la vez elevacion y brevedad.

Segun esto, el sublime no puede admitir amplificacion. Amplifíquese un rasgo sublime, adquirirá armonía y belleza, si se quiere; pero perderá energía, y cambiará su índole y sus efectos. Marcial ha querido amplificar el citado pasage de Aria, y pone en su boca estas palabras dirigidas á su esposo: "La herida que me he hecho, no me causa dolor; mas el golpe que te vas á dar, Peto, es lo que me hace sufrir." ¿Qué queda en esta nueva version, de la energía y profundidad de la primera? Nada absolutamente.

Se ve, pues, que la medida de las disposiciones para el sublime en cada individuo, será la de su imaginacion y sensibilidad. El temple del alma es, si cabe decir,

lo así, parecido al temple del cuerpo. Una mano áspera y callosa no siente el tacto suave que haria estremecer, y comunicaria una corriente eléctrica á otra mano delicada y fina. Así tambien la magnitud de los cuadros de la naturaleza, y las vibraciones que comunican, son como perdidas para las almas duras ó poco impresionables, que asisten á la escena del mundo sin interesarse ni conmoverse. Por esta razon, sin duda, pensó Longino, que á su tratado sobre el sublime, debia preceder el de las pasiones.

En la línea de lo sublime, en cuanto á los objetos, debe contarse la oscuridad. Así lo ha comprendido un célebre poeta inglés, cuando haciendo la pintura de la divinidad, en medio de su profusion de imágenes brillantes, concluye de este modo:

"Y pone en derredor del trono excelso,
La augusta magestad de las tinieblas."

Sin embargo, á veces una luz pálida y dudosa realza el sublime mas que la oscuridad absoluta, de cuya observacion se ha aprovechado Virgilio en el libro sexto de su *Eneida*, cuando dice:

"Tal era aquel camino por do iban,
Cual es el de una espesa selva humbrosa,
Cuando la luna muy menguante y vieja
Da al mundo escasa luz y amortiguada."

(Traduccion de Hernandez de Velasco.)

Fijados ya los principios y reglas sobre el sublime, vamos á presentar modelos, procurando al mismo tiempo analizarlos, porque como hemos dicho, este es el punto mas difícil y de mas interés en la elocuencia, puesto que en él consiste el mayor poder y mérito del orador.

Tomaremos los primeros ejemplos, de la poesía lírica sagrada, cuya ventaja, en punto á sublimidad, es incontestable.

El primer cuadro en que el poeta sagrado expresa en el salmo 103, su admiración y reconocimiento, al ver las obras divinas, dice así:

“¡ Señor, tu alteza
Qué lengua hay que la cuente!
Vestido estás de gloria y de belleza
Y luz resplandeciente.”

La gloria, la belleza y la luz resplandeciente, son tres cosas magníficas é imponentes por sí; el poeta las escoge, las reúne en un mismo cuadro, y hace de ellas la vestidura del Altísimo. ¡Qué pensamiento tan sublime!

Pero lo son mas todavía, y dan del poder la idea mas asombrosa, los siguientes versos del cuadro segundo:

“Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento.
Las nubes son tus carros; tus alados
Caballos son los vientos.
Son fuego abrasador tus mensageros
Y el trueno y torbellino.”

No se sabe á cuál dar la preferencia, entre tan sublimes pinturas. “Encima de los cielos desplegados. . .” Parece que toda esta inmensa bóveda no sea mas que una reducida y flexible tienda, que el Hacedor plega y despliega en un momento, como por un leve juguete de su omnipotencia.

“Las nubes son tus carros. . .” ¡ Se podía haber escogido una carroza mas veloz, mas imponente ni mas misteriosa?

“Tus alados caballos son los vientos. . .” Los vientos son los alazanes de Dios; en sus alas camina, y sobre ellos recorre el espacio. Ni en Homero ni en ningún otro poeta se hallan pensamientos tan magníficos. ¡ Cuáles son los batidores que preceden al poder y gloria divina en sus rápidos movimientos?

“Son fuego abrasador tus mensageros
Y el trueno y torbellino.”

Al leer estos últimos versos, el espanto se apodera de nosotros: conocemos toda nuestra pequeñez, á cuyo lado resalta mas ese inconcebible poder, que se anuncia por mensageros tan formidables; y la impresión de nuestro asombro excede en mucho, aunque en otra línea, al que pudo producir el Edipo de Sófocles, ó la Euménides de Esquiles.

No son menos atrevidos los siguientes pensamientos del cuadro tercero, en que el poeta habla de la tierra, y dice:

“Los mares la cubrían de primero
Por cima los collados;
Mas sonó de tu voz el trueno fiero,
Y huyeron espantados.”

Es necesario detenerse para conocer toda la sublimidad de estas ideas.

“Los mares la cubrían de primero. . .
Por cima los collados. . .”

¡ Qué mares tan insondables! Fijémonos en las aguas de este elemento, contenido hoy dentro de los límites que marcan su esclavitud. Contemplemos su profundidad: el asombro y el temor nos poseen. Miremos despues la cima de los Andes ó de nuestros Alpes. ¡ Qué